

Al compás

Láquesis M. R.



Capítulo 1

Ya han puesto las luces de navidad. Se mezclan con las luces de neón, con los rostros iluminados por el haz de los móviles, con el baile de los intermitentes de los coches, con los focos de las tiendas, con el rojo de los semáforos; creando una melodía relampagueante, envuelta en un tumulto de gente y asfalto. Un asfalto recubierto por una fina capa de agua, brillante, en la que se ve reflejada toda la barahúnda, una pintura apasionada llena de luz y confusión. He llegado pronto. Me hallo sentada en un banco de piedra blanquecina, húmeda, desde el que se ve un árbol de esos espantosos, hechos de alambre y cientos de pequeñas bombillas blanco-amarillentas que aspiran a rozar el oscuro firmamento, tan ajeno al jolgorio, tan triste. Pobres ilusas. Me fijo en una bombilla que falla, que parpadea, y pienso que es un poco como yo.

La gente se mueve al son que marca este pseudoromántico consumismo y yo soy como esa maldita bombilla, estoy aquí, participo en este estúpido baile, pero lo hago estrepitosamente mal, a sabiendas. Aunque tampoco se me ve lo suficiente como para estropear la absurda armonía en la que desemboca este galimatías de casualidades ordenadas que es el destino. Cuando llega él doy un respingo, sorprendida.

—Hola guapa —me dice mientras me besa en los labios.

—Hola —sonríó.

Y nos unimos al barullo, siguiendo, sin quererlo, los pasos marcados por tantas personas que nos han precedido sin planteárselo. Paseamos entre el bosquejo de luces durante un rato, en silencio. No pienso en demasiadas cosas, simplemente floto mientras vagamos entre la multitud, cogidos de la mano por mera costumbre.

—Es una pena que no se vean las estrellas —digo de repente.

—Las estrellas... —mira hacia arriba, sin mucho interés— es por toda esta luz artificial —se encoge de hombros—. Este año han puesto luces en todas las palmeras, no sólo en las del paseo, y queda muy bonito, ¿ves? —señala en dirección a las susodichas.

—Bueno... —la verdad es que siempre me ha parecido horrible la idea de poner todas esas bombillas alrededor de los troncos de las palmeras, como si de condones rotos se tratara— al menos huele a navidad —y es cierto: huele a castañas, a canela y a otras especias que no logro identificar, a churros, a embutido, incluso a incienso.

—No sabía que la navidad oliera a humanidad... —dice con un deje

sarcástico en la voz. Ya recuerdo por qué empecé a salir con él.

—Hasta te ha rimado —río—.

— ¿Vamos a tomar un chocolate caliente o algo?

— ¿Un chocolate...? —dudo— ¿No te apetece más ir a hacer unas cañas?

Suelta una especie de risotada y me revuelve el pelo.

—Esa es mi chica —mi dice.

—No sé quién será tu chica, pero yo no soy de nadie —digo mientras cambio de dirección, rumbo al bar de siempre.

Después de la primera cerveza viene otra, y después una tercera y una cuarta. Y yo estoy bien, estoy contenta. Y me siento tan vacía como siempre.

Ya sabía que cuando me hablaba de amor me engañaba a mí misma, pero me gustaba engañarme. Toda esa pasión, el corazón palpitante, los ojos relampagueantes. Aunque prefería soñar que los sueños iban a convertirse en realidad, sabía que algún día una parte de mí dejaría de engañarse —y me sorprende, porque me lo esperaba justo así—, aunque la otra continuara encerrándose a veces en una dimensión onírica. Y no en una cualquiera. La mía. Una dimensión en la que pudiera zambullirme a placer, convirtiéndome en una soñadora a ratos con mil y una vidas: mil apasionantes y una gris. Es una pena que la gris sea la que cuenta. Y con esto no quiero decir que sea infeliz. Sencillamente digo que todo sería más emocionante de otra manera (o quizás no, quizás si todo fuera completamente distinto soñaría con mil mundos grises).

Lo que sí tengo claro es que soy una soñadora completamente desamorada del amor real. Recuerdo este último san Valentín, por ejemplo, en el que me regaló bombones y flores. Un precioso y enorme ramo de despampanantes rosas rojas. Madre mía, debo de ser una completa extraña para él si bombones y flores es lo que me regala —recuerdo que pensé—. Aunque, bien pensado, casi me da la sensación de que soy una completa extraña para mí misma.

—Otras dos más —le hago señas a la dueña del bar, que está detrás de la barra, a unos metros de nosotros. Es una de estas mujeres ya entrada en años (no sé si atreverme a decir una edad aproximada, soy pésima para ello), rolliza, con el ceño fruncido eternamente, que parece que, al atenderte, te haga un inmenso favor. Viene a traernos las bebidas arrastrando los pies, como si le supusiese un gran esfuerzo.

—Gracias —decimos al unísono cuando deja los vasos encima de la mesa y recoge los usados. Suelta una especie de «de nada» para sí y vuelve a su hábitat tras la barra.

—Después de esta nos largamos —me dice él.

—Vale —respondo. Un ligero rubor ha subido hace un rato ya a mis mejillas, me irá bien tomar el aire— ¿y adónde vamos?

— ¿A dar una vuelta?

—Podríamos hacer algo diferente —siempre acabamos haciendo las mismas cosas, entrando en una burda monotonía.

— ¿El qué?

— ¿Ir a patinar? —propongo.

—Sabes que no me gusta patinar —me mira con expresión de fastidio.

—No es que no te guste —frunzo el ceño—, es que no sabes. Podrías aprender.

— ¿Vamos a mí casa?

—Vaya forma de cambiar de tema —suspiro—. Pero vale.

Me pongo la bragas y salgo al balcón, donde me siento con las piernas cruzadas y la piel de gallina y miró abajo. Desde el noveno se ve a la gente pequeñísima, ajena a mi mundo (como la mayoría del tiempo, vaya)

Te vas a costipar, me dice.

—Soy demasiado romántica como para que me asuste un resfriado —sonrío.

— ¿Romántica? —me mira, perplejo— pero si siempre dices que odias las cursiladas.

No me entiende. Y nunca lo hará. Podría dejarle. Ahora mismo. Podría dejarle a él y dejarlo todo y coger esos mil quinientos euros que tengo ahorrados e irme de viaje lo más lejos posible, adonde sea, a hacer cualquier cosa, a vivir. Pero no lo hago. Hoy no. Pero algún día lo haré —me digo—. El problema es que lo he soñado demasiados días pero nunca lo he hecho. Como casi todo. Como casi todos.